

Del elefante a los dinosaurios

45 años de historia del
Museo Nacional de Ciencias Naturales 1940-1985

Carolina Martín Albaladejo (ed.)



MUSEO NACIONAL DE CIENCIAS NATURALES (CSIC)

DEL ELEFANTE A LOS DINOSAURIOS

45 años de historia del Museo Nacional
de Ciencias Naturales (1940-1985)

Edición a cargo de
Carolina Martín Albaladejo

EDICIONES DOCE CALLES

Esta publicación ha sido financiada por el Ministerio de Economía y Competitividad (actualmente Ministerio de Ciencia e Innovación) con cargo al proyecto I+D Excelencia adscrito al MNCN *El Museo Nacional de Ciencias Naturales entre 1939 y 1985: de la disgregación a la reunificación en su contexto nacional e internacional* (HAR2016-76125-P).

Con la colaboración de Soraya Peña de Camus Sáez
como editora adjunta

Imágenes de cubierta: Montaje del elefante africano del Museo Nacional de Ciencias Naturales.
ACN003/004/08624, Archivo MNCN (CSIC). Dinosaurios de la Formación Morrison (réplicas) en el MNCN. Fondo Jesús Juez. Archivo MNCN (CSIC)

© De cada texto su autor.

© De la presente edición: Ediciones Doce Calles, S.L. Apdo. de Correos, 270
28300 Aranjuez (Madrid)
www.docecalles.com

ISBN: 978-84-9744-290-9

Depósito legal: M-23960-2020

Printed in Spain

SUMARIO

Presentación	9
<i>Carolina Martín Albaladejo</i> (editora)	
Prólogo	13
<i>Enric Trillas</i>	
De los nombres del Museo.....	19
<i>Andrés Galera Gómez y Carolina Martín Albaladejo</i>	
La Sección de Paleontología del Museo Nacional de Ciencias Naturales: de la JAE al CSIC (1935-1950)	63
<i>Celia M. Santos Mazorra, Ana M. Bravo Arce y Susana Fraile Gracia</i>	
Investigaciones ictiológicas y pesqueras de la familia Lozano en el MNCN y su faceta divulgadora (1912-1970)	105
<i>Juan Pérez-Rubín Feigl</i>	
El Instituto José de Acosta y el desarrollo de la microbiología en España	173
<i>Alfonso V. Carrascosa</i>	
Antonio de Zulueta. Pasión por la genética	213
<i>Andrés Galera Gómez</i>	
Crónica y análisis del devenir de la Paleoantropología en el Museo Nacional de Ciencias Naturales con especial atención al periodo triste (1939-1985)	253
<i>Antonio Rosas</i>	
Investigación sobre volcanología en el Instituto de Geología (CSIC) (1943-1984)...	283
<i>Aurelio Nieto Codina y Javier García Guinea</i>	
Mujeres de los Institutos José de Acosta y Lucas Mallada del CSIC en Madrid (1940-1975). Una aproximación.	307
<i>Juan Pérez-Rubín Feigl, Raquel Aguilera Molina y Carolina Martín Albaladejo</i>	
Las colecciones de Aves y Mamíferos del MNCN (1940-1984): tendencias en su crecimiento.....	347
<i>Josefina Barreiro y Ángel Garvía</i>	
El Museo Nacional de Ciencias Naturales: un museo en busca de sede (1935-1986)	371
<i>Soraya Peña de Camus Sáez</i>	
La compleja relación institucional entre la Universidad de Madrid y el Museo Nacional de Ciencias Naturales: el lento fraguar de una vinculación y un desapego	405
<i>Alfredo Baratas Díaz</i>	

Una etapa de la Real Sociedad Española de Historia Natural en el Museo Nacional de Ciencias Naturales: de la Guerra Civil al Centenario (1939-1971).....	443
<i>Alberto Gomis</i>	
1984, el año de la reestructuración del MNCN	477
<i>Carolina Martín Albaladejo</i>	
Abstracts	505
Sobre los autores	513
Índice onomástico	521

Dedicado a Isabel Izquierdo Moya
Maestra, compañera, amiga

PRESENTACIÓN

Carolina Martín Albaladejo

La obra que tiene en sus manos nos presenta un relato del devenir del Museo Nacional de Ciencias Naturales (MNCN) desde el término de la guerra civil española hasta mediados de los años ochenta. Un museo que tras sobrevivir con muchas carencias a un largo periodo de casi medio siglo, inició una transformación que para muchos significó un renacer del mismo.

El título de la obra hace referencia a los años inmediatamente anteriores y posteriores al periodo que tratamos. Comienza con el gran elefante africano que se exhibe en la sala de Biodiversidad donado al Museo en 1913, naturalizado en 1930, y expuesto un año más tarde, en una época en que la institución tuvo una gran actividad museística, tanto en investigación como en mejora e incremento de sus fondos científicos y exhibiciones. Se cierra con los dinosaurios, que proliferaron en las salas del Museo en un tiempo de renovación arquitectónica y museológica iniciado a finales de los años ochenta, con llamativas exposiciones sobre estos extintos animales, y que fue acompañada de una profunda remodelación de las líneas de investigación del Museo y de su funcionamiento. Lo sucedido entre estos dos momentos es objetivo de esta monografía.

En la portada mostramos una imagen del elefante en su proceso de naturalización, antes de incorporar a la escultura la piel del animal, y unos esqueletos de dinosaurios entre los que se ve parte de la cola de la famosa réplica del *Diplodocus carnegii*.

No pretende la obra describir 45 años de historia del Museo sino poner en relieve, a través de relatos puntuales, algunos de los acontecimientos que se desarrollaron durante aquel tiempo y entrelazar lo sucedido en la institución a lo largo de ese casi medio siglo. Con el propósito de obtener una narración desde múltiples vertientes, contamos con expertos que provienen de diversas áreas y especialidades. Así, en cada uno de los temas abordados se muestra cómo fue aquel Museo desde la particular visión de los autores y de su personal relato.

La estructura que hemos dado a la obra incluye capítulos dedicados a la investigación, fondos patrimoniales y actividad en exposiciones; también hay textos dedicados a distintos personajes y otros que hablan de la estructura institucional del centro. Comenzamos con un capítulo dedicado a la identidad del Museo a través de un análisis que resolvemos guiados por sus denominaciones «De los nombres del Museo»; lleva la firma de Andrés Galera, investigador del Instituto de Historia del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC), y la mía, investigadora del MNCN. Le sigue un texto que estudia la complejidad de las secciones dedicadas a la Paleontología en los primeros años tras la Guerra Civil y su relación con el Instituto de Geología Lucas Mallada «La sección de Paleontología del Museo Nacional de Ciencias Naturales: de la JAE al CSIC (1939-1950)»; son sus autoras Celia Santos, Ana M^a Bravo y Susana Fraile, las tres encargadas de las colecciones de Paleontología del Museo. Sobre el ámbito de la investigación versan seis capítulos. El primero dedicado a la ictiología, «Investigaciones ictiológicas y pesqueras de la familia Lozano en el MNCN y su faceta divulgadora (1912-1970)», firmado por Juan Pérez-Rubín, del Instituto Español de Oceanografía (IEO). Le sigue un estudio sobre las investigaciones microbiológicas, «El Instituto José de Acosta y el desarrollo de la microbiología en España», cuyo autor, Alfonso V. Carrascosa, es investigador en el MNCN. La figura del conocido introductor de la genética en España, Antonio de Zulueta, es tratada por Andrés Galera, quien ha profundizado en su biografía, tanto personal como científica «Antonio de Zulueta. Pasión por la genética». A continuación se ofrece un capítulo dedicado a la aportación del Museo en el área de la paleoantropología, «Crónica y análisis del devenir de la Paleoantropología en el Museo Nacional de Ciencias Naturales con especial atención al período triste (1939-1985)», de la mano del especialista Antonio Rosas, investigador también del MNCN. La interacción del Museo con los estudios geológicos está representada por el capítulo titulado «La volcanología en el Instituto de Geología (CSIC) (1943-1984)», un texto de Aurelio Nieto y Javier García Guinea; el primero conservador de la colección de Geología, el segundo investigador geólogo, ambos del MNCN. Termina esta temática con

un capítulo dedicado a la «Mujeres de los Institutos José de Acosta y Lucas Mallada del CSIC en Madrid. Una aproximación (1940-1975)», firmado por Juan Pérez-Rubín, Raquel Aguilera y Carolina Martín Albaladejo.

Los avatares de las colecciones científicas durante el periodo de nuestro estudio han sido seguidos por Josefina Barreiro y Ángel Garvía analizando lo ocurrido con «Las colecciones de Aves y Mamíferos del MNCN (1940-1984)». La primera es la responsable de la Colección de Aves y el segundo de la de Mamíferos en el MNCN. De los espacios del Museo y de sus exhibiciones se ha encargado Soraya Peña de Camus, «El Museo Nacional de Ciencias Naturales: un museo en busca de sede», coordinadora de exposiciones del Museo.

Dos textos se ocupan de las conexiones del centro con dos instituciones desde siempre muy relacionadas con él. Por un lado, Alfredo Baratas, profesor de la Facultad de Ciencias Biológicas de la Universidad Complutense de Madrid, dedica sus páginas a la relación que el MNCN mantuvo con esta universidad, «La compleja relación institucional entre la Universidad de Madrid y el Museo Nacional de Ciencias Naturales: El lento fraguar de una vinculación y un desapego». El siguiente texto, «Una etapa de la Real Sociedad Española de Historia Natural en el Museo Nacional de Ciencias Naturales: de la Guerra Civil al Centenario (1939-1971)» lo ha escrito Alberto Gomis, profesor de la Universidad de Alcalá de Henares.

El último capítulo de la obra, «1984, el año de la reestructuración del MNCN», está escrito por mí, y en él se relata el proceso de unión del Instituto Español de Entomología (IEE) y del Instituto de Geología al propio el Museo, hecho que dio paso a su renovación.

Para finalizar, se incluye un índice onomástico que facilitará la tarea de localizar a los personajes que forman parte de nuestra historia. La monografía se cierra con los resúmenes en inglés de los trece capítulos.

AGRADECIMIENTOS

Muchas son las personas que han colaborado en el desarrollo de esta publicación. En primer lugar quiero agradecer su disposición y ayuda a los miembros del equipo de investigación que forman parte del proyecto HAR 2016-76125-P¹: Marisol Alonso, Josefina Barreiro, Alfonso V. Carrascosa, Noelia Cejuela, Andrés Galera, Carmen Martínez, Aurelio Nieto y Soraya Peña de Camus. Por

¹ La obra es resultado de un proyecto de investigación que el Ministerio de Economía y Competitividad (actualmente Ministerio de Ciencia e Innovación) del gobierno de España nos concedió en 2016

supuesto también a los autores que se involucraron con interés e ilusión en la investigación de sus respectivos temas: Raquel Aguilera, Alfredo Baratas, Ana M^a Bravo, Susana Fraile, Alberto Gomis, Juan Pérez-Rubín, Antonio Rosas y Celia Santos. Mi especial agradecimiento a Soraya y Andrés por su continuo apoyo durante todo el proyecto.

Otras personas, como Javier de Andrés, Rafael Araujo, Fernando García-Arenal, Gonzalo Lozano, Elena Menéndez y José Eugenio Ortiz, Isabel Rábano o Borja Sanchiz nos han proporcionado imágenes y documentación de gran utilidad; muchos de estos archivos han sido donados por ellos al Museo. Fernando Arroyo, Josefina Cabarga y David Martín también han colaborado con entusiasmo en la búsqueda de imágenes y en otras actividades. Alfonso Nombela y Soraya Peña de Camus compusieron la portada del libro. Agradezco a Eduardo Roldán la ayuda que siempre ofrece con sus comentarios y propuestas, y a Enric Trillas, Presidente del CSIC (1984-1988), el haber aceptado hacerse cargo del prólogo de la obra.

Agradezco también a Jesús Muñoz, del Servicio de Fotografía del MNCN, la digitalización y mejora de muchas de las imágenes que aparecen en el libro y muchas más que sirvieron de documentación al proyecto de investigación. El personal de la biblioteca del Museo estuvo siempre atento a nuestras necesidades bibliográficas. Y, cómo no, dado el volumen de documentación de archivo que hemos utilizado, no cabe duda de la gran ayuda que ha supuesto la colaboración del personal adscrito a este servicio: Mónica Vergés, Manuel Parejo y María del Pilar Rodríguez han realizado un trabajo imprescindible para todos. Varios estudiantes de grado también han colaborado en la obtención de información archivística (Noelia Guerra, Francisco Carmona, María Moro y Rocío Rosell). Agradecemos también al personal del Archivo General de la Universidad de Navarra el habernos facilitado la consulta del fondo de José María Albareda Herrera. Cruz Osuna y Marta Onrubia nos ayudaron en las difíciles labores de normalización editorial.

Finalmente, un especial recuerdo a la memoria de Isabel Izquierdo Moya, a quien está dedicada la monografía. Conservadora de la Colección de Entomología e investigadora del MNCN, me inculcó el interés por aquellos personajes e historias que nos antecedieron. Con ella empezó el grupo de investigación Historia y documentación de las ciencias naturales en España del MNCN-CSIC. Su entusiasmo impulsó una línea de estudio que hacía mucha falta en un centro con la singular y extensa historia del nuestro. Deudora soy suya de los frutos que ahora recojo.

PRÓLOGO

Enric Trillas

Cuando, hace un par de años, me escribió doña Carolina Martín pidiéndome una colaboración puntual en su proyecto de investigación sobre la historia más reciente del Museo de Ciencias Naturales, acepté de inmediato; era la primera vez en treinta años que, desde el punto de vista histórico, alguien me iba a preguntar sobre mi etapa en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Mi colaboración consistió, simplemente, en una interesante conversación con Carolina y don Eduardo Roldán, de la cual quiero resaltar su conocimiento de aquella época y que, para mí, fue agradabilísima al tener lugar una mañana y en la Residencia de Estudiantes, donde viví gran parte del tiempo que presidí el Consejo. Un tiempo en el que mi trabajo fue tan apasionante como absorbente.

Ahora, cuando los resultados del proyecto van a publicarse en un libro, Carolina ha vuelto a requerir mi colaboración escribiendo un prefacio al mismo. Tampoco esta vez he podido o sabido negarme. Cuanto sigue es lo que he conseguido escribir y que confío no vaya a desmerecer en tan meritorio libro.

---oooOooo---

La historia del Museo Nacional de Ciencias Naturales está, en parte debido a su antigüedad, entrelazada con la de la ciencia española; representa una de sus partes más notables. Alexander von Humboldt, que animaba a aprender

de la armonía de la naturaleza, escribió que «el saber y el reconocimiento son la alegría y la razón de la humanidad».

En relación con el «*reconocimiento*», merece la pena citar al eminente naturalista don Ignacio Bolívar quien, internacionalmente reconocido como un gran entomólogo, fue director del MNCN y, también, el segundo y último presidente de la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas (JAE) tras la muerte de don Santiago Ramón y Cajal en 1934. Exiliado en Méjico desde 1939, donde falleció en 1944, Ignacio Bolívar fundó allí, y a sus noventa años, la revista *Ciencia. Revista hispanoamericana de ciencias puras y aplicadas*; en su primer número, en marzo de 1940, publicó en ella una «Presentación» de la misma, que firmó como «Director del Museo de Ciencias Naturales». Para firmar ese artículo, Bolívar podía haber elegido cualquier otro título o ninguno, lo que su personalidad científica permitía sobradamente, pero su devoción por el Museo, en el que había realizado muchas de sus investigaciones, le llevó a tal elección.

En relación con el «*saber*», pienso que cualquier presidente o presidenta del Consejo Superior de Investigaciones Científicas no puede dejar de ser sensible al gesto de Bolívar y, consiguientemente, preocuparse por el progreso del MNCN. Si, además y como yo, considera que el CSIC continúa la labor de la JAE hasta 1939, si intenta que siga en el camino de alta calidad que le imprimieron investigadores como Cajal y Bolívar, no debe olvidar el gesto del segundo quien, en tal perspectiva, es uno de sus antecesores. Como tampoco debe olvidar el legado de Cajal que representa el instituto que lleva su nombre; se trata de servidumbres que, impuestas por nuestra historia, deben aceptarse.

Junto al Real Jardín Botánico de Madrid, el MNCN es el centro más antiguo del CSIC. Son dos centros de investigación que representan unas «*joyas de la corona*» para el CSIC y que, con todos los altibajos de la historia, nos han llegado activos, vivos, hasta nuestros días.

---oooOooo---

Cuando a mitad de mayo de 1984 asumí la presidencia del CSIC, supe inmediatamente del estado lamentable en el que se encontraba el MNCN. En aquel momento, ya estaba prácticamente acordada la integración en el Museo de dos institutos de menor envergadura; ello provenía de la política comenzada por el equipo del anterior presidente, don José Elguero, tendente a reducir el enorme número de centros del CSIC y siendo el vicepresidente don Manuel Dabrio quien se ocupó de cuanto se refería a aquella integración. Como sea que hice mío el equipo presidencial de José Elguero y, también, la tendencia

a reducir el número de centros, ni discutí aquella integración y se nombró al ilustre naturalista don Emiliano Aguirre como director en funciones. Si en 1984 el CSIC contaba con 130 centros, cuando lo dejé a mediados de octubre de 1988, tenía 90 y de los cuales 10 eran de nueva creación.

Lo cierto es que pensé que la aceptación del puesto por parte de tan reconocido paleontólogo, era un verdadero «*acto de servicio*»; como Bolívar, Aguirre también sentía devoción por el MNCN. En el tiempo que desempeñó la dirección, redactó unos informes cuya lectura ponía, literalmente, la «*piel de gallina*»; tales eran los problemas de todo tipo que se reflejaban en ellos. Fueron informes utilísimos para dedicarle la mayor atención posible al MNCN. Informes que se vieron confirmados, por ejemplo y en lo que se refería a la escasa seguridad con la que se guardaban importantísimas láminas antiguas, cuando, en la Cuesta de Moyano, apareció una de ellas; alguien la había sacado ilegalmente, robada, del Museo y para venderla. Se denunció el hecho, se encontró quien había sido el ladrón y que, naturalmente, fue sancionado. Una sanción bien merecida, pero con una responsabilidad evidente del CSIC al tener tan descuidado el archivo de las láminas.

Cuando al poco tiempo de ser presidente decidí visitar el MNCN para verlo personalmente encontré, en una de las salas de exposición, que no podía pasarse por algunos sitios a causa del riesgo de hundimiento del suelo; tales sitios estaban rodeados por un cordón con el aviso «*no pisar*» o, tal vez, «*no pasar*». En cuanto a exposición pública, el Museo presentaba un aspecto horripilante.

En esa misma visita, informado de que se tenían guardados los huesos de (creo) un mamut y pretender verlos, no fue posible. Estaban almacenados en un cuartucho y, al intentar abrir su puerta, vimos que se nos echaban encima; hubo que cerrarla rápidamente y realmente ni llegué a verlos. Recuerdo que esa noche, cenando con don Antoni Ballester, y al contarle la visita al Museo, me entró la «*risa tonta*» pensando que por lo menos aquellos huesos estaban seguros, que nadie podría robar fácilmente ni uno de ellos.

---oooOooo---

Habiendo citado a don Antoni Ballester, ya fallecido, creo obligado explicar que para mí fue siempre un consejero de «*lujo*». A él se deben las primeras expediciones del CSIC a la Antártida, las cuales acabaron originando allí las actuales bases españolas, así como que España pudiese entrar en el Tratado Antártico y que nuestros científicos puedan ir a la Antártida cada año en el buque *Hespérides*. Gracias a Ballester, un nuevo «*laboratorio natural*» se abrió a los científicos españoles.

Sus comentarios y explicaciones sobre el MNCN, y de quienes entonces allí trabajaban, me fueron extraordinariamente útiles para entender mejor una situación en la cual el Museo era, en buena parte, un «quemador» de buenas voluntades y, esencialmente, por la falta de recursos para atenderlo. Además, me hizo ver que las relaciones entre algunos investigadores no eran las que debían ser.

Las complicaciones de todo tipo que detecté en el MNCN y gracias a múltiples conversaciones con Ballester, no hicieron sino animarme a intentar resolver aquel problema. Un problema en el cual me pareció que, ante todo, la actitud de don Emiliano Aguirre era muy inteligente, equilibrada y, a la vez, que en algún momento sería conveniente contar con un director que, además de ser un investigador, tuviese cierta capacidad de gestión.

Cuando, más adelante, se nombró directora a doña Concha Sáenz, hasta entonces investigadora en el Real Jardín Botánico y, antes de hacerlo público, quise explicárselo a don Emiliano, le visité en su despacho acompañado de Ballester; recuerdo la elegancia con que recibió la noticia. Una elegancia que sólo encontré otra vez cuando visité, también en su despacho, al ya fallecido don Pedro Abellanas, director del instituto Jorge Juan de Matemáticas y para explicarle mi decisión de suprimir ese instituto; una visita en la que, incluso, se mostró empático con mi explicación.

---oooOooo---

Conjuntamente con don Alfredo Pérez Rubalcaba, de tan querida y respetada memoria para mí, redactamos el borrador que luego se convirtió en el decreto creando en el CSIC los llamados «centros con Patronato». Un decreto que, en principio, sólo estaba destinado a los centros nacionales de Microelectrónica y Biotecnología, surgidos como consecuencia de planes del Gobierno e involucrando varios departamentos ministeriales. Tras la preparación de aquel decreto, le expliqué a don Alfredo mi idea de utilizarlo para renovar el MNCN; entendió muy bien la idea de contar con el Ayuntamiento de Madrid, la Comunidad Autónoma de Madrid (CAM) y la Universidad Politécnica de Madrid (UPM) que ocupa, con el MNCN, una gran parte del mismo antiguo Palacio de la Industria y de las Artes que, por ello, limita el crecimiento del Museo.

Que Rubalcaba, con quien siempre pude contar y cuyas opiniones respetaba muchísimo, estuviese de acuerdo conmigo, me animó a seguir adelante con aquella idea.

Pensaba que si el Ayuntamiento podía estar más interesado en la parte de exhibición del MNCN, la CAM podía ayudar en la parte de investigación y que, de avanzar las cosas satisfactoriamente, la UPM iría viendo las necesidades de

espacio del MNCN y que, mucho más adelante, involucrar a la UPM podría servir para que llegase a contar con un edificio nuevo y dejar todo el Palacio de la Industria y de las Artes para el Museo. Todo ello requería tiempo y perseverancia.

Por otra parte, el Patronato – al cual, y si quería estar en el mismo, el presidente del CSIC presidía automáticamente, como yo hice – proponía directamente al director del centro quien, así, contaba con su confianza. Pensaba que contando con presidentes de habilidad negociadora y directores de buena capacidad gestora y buen conocimiento de la investigación de las ciencias naturales, todo aquello saldría bien. Creí que sería un sistema de gobierno a la vez armonioso para el MNCN y para el CSIC.

---oooOooo---

De todo hace ya mucho tiempo y las cosas han ido cambiando. Si primero fue la llamada Ley de la Ciencia de 1986 y luego la puesta en marcha del Plan Nacional de Investigación y Desarrollo, finalmente, y tras la entrada de España en la actual Unión Europea, que se hizo efectiva en el mismo 1986, nuestros investigadores tuvieron acceso a los Programas Marco de la UE, así como a fondos económicos como el famoso FEDER. Fue un enorme salto que, no obstante y realmente, fue sucediendo a partir de 1988; en mi época, el CSIC no llegó a contar con fondos europeos.

Sí, de todo hace tiempo; no en balde muchos de quienes desde más cerca o más lejos, ayudaron a mejorar la situación del MNCN en aquel periodo, bien están jubilados, como yo mismo, o bien ya han fallecido. No quisiera que se olvide que como presidente del CSIC trabajé siempre con los vicepresidentes y el Secretario General quienes, para mí, no eran «*meros ejecutores*» sino personas muy preparadas, cuyas opiniones eran importantes en todo momento y cuyo conocimiento conjunto del CSIC me era esencial. Mucho de lo conseguido en esa época se les debe a ellos.

Así, de coincidir en que los años entre 1984 y 1988 no fueron malos para el MNCN, pienso que debe tenerse en cuenta el papel que en ello jugaron tanto el vicepresidente don Manuel Dabrio, como los vicepresidentes don Jesús Sebastián, don Javier López Facal y don Enrique Tortosa, así como, y muy especialmente, el Secretario General don Salvador Meca.

Fue cuando a partir de 1985 el presupuesto del CSIC mejoró considerablemente y, en gran medida, gracias a la comprensión del ya fallecido y buen amigo mío, don Rafael de la Cruz, a la sazón Director General de Presupuestos del Ministerio de Hacienda, que pudimos empezar a invertir en el Museo para mejorar algunos de los estropicios que había en el mismo. Además, gracias

al ministro de Educación y Ciencia, don José María Maravall, quien siempre mostró un gran afecto por el CSIC, pudimos contar con unas notables ofertas de plazas de las que el MNCN también se benefició.

Creo que no debe olvidarse que si el MNCN tenía grandes necesidades, no era el único centro del CSIC que requería atención. Lo sería, de mantenerse su nuevo carácter de centro con Patronato.

Una de mis últimas actuaciones como presidente y respecto al Museo, fue mantener una conversación telefónica con el biólogo don Pere Alberch, para ofrecerle la dirección del MNCN que aceptó y que estaba vacante por la dimisión de doña Concha Sáenz, motivada por su nombramiento como Delegada del Gobierno en Murcia. Supe de Alberch gracias a don Antonio García-Bellido quien me contó que había sido *curator* del Museo de Harvard; creí poder contar con un director que sería sensible a mis ideas acerca del Museo. Fue el director del MNCN entre 1989 y 1995; lamenté muchísimo su fallecimiento en 1998 y con sólo cuarenta y tres años.

---oooOooo---

Para poner punto y final al escrito, me permito afirmar que hoy pienso que, con la mejor dedicación y buena fe, hice cuanto supe y pude para mejorar la situación del MNCN y garantizarle un mejor futuro. Fervientemente, le deseo ¡Larga vida al Museo!, a la vez que pido disculpas por cuanto o bien no hice, o bien no preví; en todo caso, la crítica histórica juzgará.

En conclusión y con Alessandro Manzoni, «*Ai posteri l'ardua sentenza*».

Oviedo, 12 de Febrero, 2020.

*DE LOS NOMBRES DEL MUSEO**

**Andrés Galera Gómez y
Carolina Martín Albaladejo**

RESUMEN

El Museo Nacional de Ciencias Naturales es una institución singular desde su creación, allá por el siglo XVIII, cuando se llamó Real Gabinete de Historia Natural. Durante el siglo XIX la institución es minusvalorada al servicio de la enseñanza universitaria, relegándose su condición museística. Renació de sus cenizas en las primeras décadas de la vigésima centuria. Dirige la institución el influyente entomólogo Ignacio Bolívar. Cuenta con la protección de la republicana Junta para Ampliación de Estudios. La Guerra Civil hunde el proyecto. Tras la contienda el Museo forma parte del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, nuevo emblema de la ciencia franquista. El Museo cambió. Se reduce radicalmente la investigación priorizándose la conservación y exposición de las colecciones. Durante cuarenta años será un espacio científico decadente. Hasta los años ochenta, cuando es profundamente reorganizado. Una historia de nombres. Olvidados unos, desconocidos otros, imprescindibles todos para saber qué pasó.

CAUSA PRIMERA

Real Gabinete de Historia Natural fue el nombre primordial del actual Museo Nacional de Ciencias Naturales. El año 1771. Entonces el rey Carlos III

* Proyecto HAR2016-76125-P

ordena su creación. La Institución abre al público cinco años después. El 4 de noviembre. Tiempo necesario para que su director, Pedro Franco Dávila, forme el proyecto¹. Era el habitual gabinete de curiosidades. Ocupó el segundo piso del Palacio Goyeneche, numerado hoy con el 13 en la madrileña calle de Alcalá. Mansión compartida con la Real Academia de las Tres Nobles Artes². Dispuso de tres salas para exhibir animales, minerales y plantas. Bellos objetos capaces de cautivar los sentidos; de avivar el verso del poeta Tomas de Iriarte confundido entre realidad y fantasía, maravillado por «tanta preciosidad como en él se encierra»³. Cuentan las crónicas que el flamante museo atrajo al público sobremedida. Gente curiosa dispuesta a soportar largas colas. A esperar lo necesario para ver piezas inusuales, desconocidas. El letrado Florencio Janer refiere el éxito inaugural en su crónica del año 1858. La asistencia superó todas las previsiones. Hubo tantos visitantes que los soldados tuvieron que intervenir para evitar atropellos a la entrada del edificio. Curiosos impertinentes. Iniciado otro siglo, el XIX, el Gabinete cerró por necesidad, ante la invasión de las tropas francesas. Concluida la guerra de la Independencia, habiendo recuperado el trono Fernando VII, en octubre de 1815 su majestad ordena la formación de un Real Museo de Ciencias Naturales⁴. Un nombre colectivo que asociará el Gabinete al Real Jardín Botánico. Las dos entidades que sustentaron la nueva entidad⁵. Quedaron vinculadas durante años como unidad naturalística aunque independientes en sus propias tareas. La finalidad de la reforma era definir las ciencias naturales aplicando un modelo docente único. Enseñanza impartida en la nueva Institución⁶. La ligazón universitaria llegó después, en 1822, al fundarse la madrileña Universidad Central. Al constituirla se reúnen la instrucción propia de los Reales Estudios de San Isidro, de la Universidad de Alcalá de Henares y del conspicuo⁷ Museo de Ciencias Naturales. El establecimiento adquiere el perfil académico que lo caracterizó casi un siglo. En 1843 –época de la joven

¹ La historia del Gabinete en CALATAYUD (1988); VILLENA *et al.* (2009).

² Desde 1874 Academia de Bellas Artes de San Fernando.

³ Epístola de T. Iriarte a J. Cadalso describiendo la Academia de las Tres Nobles Artes y el Real Gabinete de Historia Natural; 28 diciembre de 1776. En BARREIRO (1992: 359).

⁴ En el uso perdió el apelativo de Real al poco de su fundación. La *Gaceta de Madrid*, 58, 7 de mayo de 1896: 469, lo refiere como Museo de Ciencias. Véase también *Gaceta de Madrid*, 119, de 6 de septiembre de 1816: 965.

⁵ *Gaceta de Madrid*, 134, de 26 de octubre de 1815: 1227-1230. Contemporáneamente se unen instituciones como el Laboratorio de Química y el Estudio de Mineralogía. En 1844 fue agregado el Observatorio Meteorológico, antes astronómico.

⁶ Se establecían cinco cátedras (química, física, mineralogía, botánica y dos de zoología), los correspondientes profesores auxiliares y cuatro conservadores (bibliotecario, encargado de colecciones, disector, jardinero mayor).

⁷ *Reglamento provisional para la organización de la Universidad Central*, Madrid, Aguado, 1822: 6.

reina Isabel II y del generalísimo regente Baldomero Espartero, duque de la Victoria— el gobierno decide mejorar los estudios filosóficos, resuelve elevarlos a la categoría de facultad mayor incorporando a su doctrina la materia científica. Por esta causa, la Universidad de Madrid contó con una facultad *completa* de Filosofía. Completa significaba abierta a la ciencia útil, a los conocimientos físico-matemáticos y naturales que marcaban el rumbo de una sociedad moderna⁸. Las cátedras del Museo pasaron a remendar el saber filosófico. Andando el tiempo merecerán un nombre cualificado, compondrán la sección específica de ciencias naturales⁹. Trascurrida la década de los años treinta, el Museo de Ciencias integra la política educativa nacional. Sin embargo, su aportación a la investigación geológica y zoológica será irrelevante. No era el caso de la botánica. La situación la describe el veinteañero catedrático de zoología Mariano de la Paz Graells. Su futuro director. La realidad del Real Gabinete era lamentable, de abandono. Colecciones amontonadas en los sótanos, descuidadas, olvidadas, desaprovechadas por falta de talento humano¹⁰. El año 1845 Graells deviene jefe administrativo del Museo. Tardó dos décadas en ordenarlo. Será el nombre propio decimonónico. La mejora fue notable e insuficiente. Transitoria. El Gabinete acarrea un grave problema estructural tanto por el inadecuado espacio ocupado como por la falta de personal. Corregirlo implicaba un coste ajeno a los intereses gubernamentales. Muchos de los materiales continuaron en sus cajas. Algunos salieron a la luz por circunstancias ajenas. Ocurrió con las piezas etnográficas y las antigüedades americanas¹¹ exhibidas como patrimonio del Museo Arqueológico, creado en 1867.

Mediados los años cincuenta, la misión reformista emprendida por Claudio Moyano, ministro de Fomento, alcanza al Museo. Primero, enero de 1857, una simple remodelación organizativa dirigida a modernizar la carrera de naturalista¹². Porque el Museo era la escuela oficial de aquellos saberes propios de la naturaleza. La norma no incrementó el periodo de instrucción; tampoco modificó el contenido. El cambio recayó en la praxis. Un planteamiento simple. Ser naturalista requería aprender a observar tanto como adquirir conocimientos teóricos. La tarea del Museo sería, también, ofrecer la instrucción práctica

⁸ *Gaceta de Madrid*, 3168, de 9 de junio de 1843: 1-2.

⁹ Plan de Estudios años 1847 y 1850. *Gaceta de Madrid*, 4684, de 12 de julio de 1847: 1-4; *Gaceta de Madrid*, 5895, de 3 de septiembre de 1850: 1-3.

¹⁰ Carta Mariano de la Paz Graells a Contamine, marzo 1838. ACN1019, Archivo MNCN (CSIC). También ARAGÓN (2005: 67).

¹¹ Discurso inaugural, 9 de julio de 1871. *Gaceta de Madrid*, 247, de 4 de septiembre de 1871: 776-778.

¹² *Gaceta de Madrid*, 1467, de 9 de enero de 1857: 1-2.

requerida por la profesión. Línea de actuación consecuente con la idea de naturaleza útil promovida por el director Graells (GALERA, 2009). El reglamento del Museo se publicó tres meses después¹³. La normativa señalaba como fines institucionales la recolección de objetos naturales, la enseñanza de la disciplina, el establecimiento de relaciones científicas, y la difusión de sus investigaciones en una publicación anual titulada «Anales del Museo de Ciencias Naturales de Madrid». Nunca se editó. Fue un deseo vano escrito sobre papel mojado. Finalmente, la ley de Instrucción Pública impresa el mes de septiembre, ley Moyano¹⁴, corregía el organigrama educativo creando la Facultad de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales. Unidad docente compuesta por la Escuela Superior de Ciencias Exactas, Física y Química, el Observatorio Astronómico y el Museo de Historia Natural¹⁵. Un nombre impropio, alusivo solo al Gabinete. En 1868 otro reglamento ampliaba los objetivos¹⁶. Junto a la formación, el coleccionismo y la comunicación, la institución promovería el intercambio científico, impulsaría la aclimatación y domesticación de animales y plantas, procuraría la publicación de obras relevantes sobre historia natural, fomentando la taxidermia y el dibujo como herramientas sui generis del naturalista. «Memorias del Museo de Ciencias Naturales de Madrid» se llamaría la nueva colección pensada para publicar los trabajos científicos. Nuevo fracaso editorial. Otro nombre escrito con tinta invisible. Entre tanto, el Museo había sumado un nuevo espacio denominado Jardín Zoológico de Aclimatación. El reglamento de 1857 lo preveía. Cuando las cuentas cuadrasen¹⁷. Lo hicieron. Al año siguiente los animales invadían los terrenos del Real Jardín Botánico dando vida al peculiar parque¹⁸. De América llegaron guanacos, maras, coipús, chinchillas, cisnes de cuello negro, sumados al elenco de una extensa *troupe* faunística. El Jardín de Aclimatación fue la apuesta personal de Mariano Graells, espejo de un tiempo en el que los naturalistas impulsan el concepto de zoología aplicada para maximizar los recursos naturales. Destituído en abril de 1867, el parque se convierte en un juguete roto pronto a desaparecer. Alcanzó hasta la primavera

¹³ Reglamento. *Gaceta de Madrid*, 1563, de 16 de abril de 1857: 1-2.

¹⁴ *Gaceta de Madrid*, 1710, de 10 de septiembre de 1857: 1-3.

¹⁵ En correspondencia se crean tres secciones: ciencias físico-matemáticas; químicas; y naturales. Un real decreto posterior, 1866, las redujo a dos uniendo la sección de físico-matemáticas con químicas. *Gaceta de Madrid*, 298, de 25 de octubre de 1866: 1-2.

¹⁶ Reglamento. *Gaceta de Madrid*, 173, de 21 de junio de 1868: 3-5. 174, de 22 de junio de 1868: 2-4; 175, de 23 de junio de 1868: 2-4; 176, de 24 de junio de 1868: 3-5.

¹⁷ Reglamento (título III, capítulo II). *Gaceta de Madrid*, 1563, de 16 de abril de 1857: 1-2

¹⁸ M. Graells discurso de recepción de Ramón Llorente en ACEFN, *Gaceta Madrid*, 9, de 9 de enero de 1875: 81.



La obra presenta un relato del devenir del Museo Nacional de Ciencias Naturales desde el término de la guerra civil española hasta mediados de los años ochenta. Un museo que, tras sobrevivir con muchas carencias a un largo periodo de casi medio siglo, inició una transformación que para muchos significó un renacer del mismo.

Con el propósito de ofrecer una narración desde múltiples vertientes, contamos con expertos de diversas áreas y especialidades. Dieciséis investigadores de cinco instituciones escriben los trece capítulos que forman el libro. Así, en cada uno de los temas abordados, se muestra cómo fue aquel museo desde la particular visión de los autores y de su personal relato, formando un conjunto que expone una parte hasta ahora apenas conocida de los 250 años de historia del Museo Nacional de Ciencias Naturales.

Doce Calles
EDICIONES



CSIC
CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

mncn
MUSEO NACIONAL DE CIENCIAS NATURALES

